

V.

Quién era el viejo que habló con los hermanos Salazar y de qué trataron.

—**ACERCATE**—dijo imperiosamente el Padre Salazar.

El viejo subió á la plataforma y se sentó al lado de Don Leonel.

—¿Estamos solos?—preguntó.

—Sí.

—¿Puedo descubrirme?

—Puedes.

—En ese caso, me permitireis que me quite algunos arreos de guerra que en verdad me estorban demasiado.

—Haz lo que te parezca—dijo el Padre Salazar.

Don Leonel contemplaba todo aquello con admiración.

El viejo con gran calma comenzó por quitarse una enorme peluca de canas, debajo de la cual tenía unas cintas que sujetaban su blanca barba, que se desprendió también; su cuerpo adquirió el vigor y la gallardía de la juventud, y el individuo completamente transformado, hizo á los dos hermanos una caravana entre seria y graciosa.

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿Eres tú el hermano que llegó de Acapulco con noticias del príncipe?—dijo el padre.

—El mismo soy.

—Esta tarde creí verte el pelo y la barba casi rojos.

—Son ardidés de guerra necesarios en estas circunstancias.

—Bien; ¿y cómo te llamas?

—Martin de Villavicencio Salazar, por nombre de combate Garatuza, y pariente vuestro, á lo que supongo por lo que toca á mi apellido materno.

Don Leonel hizo un pequeño gesto de disgusto, pero su hermano permaneció impassible.

—¿Hablaste con el príncipe?

—No; pero un emisario suyo llegó á la costa, y de él he recibido las cartas y las razones que he traído á su señoría.

—¿El príncipe fijó como seguro el día del ataque á la plaza de Acapulco?

—Sí señor, el 5 de Noviembre.

—¿Visitaste la plaza? ¿viste su guarnición, sus elementos de defensa?

El Padre Salazar hacia todas estas preguntas con el aplomo de un veterano, y Don Leonel le contemplaba admirado.

—Estuve en la plaza—contestó Garatuza;—apenas contará para resistir una hora con cien soldados y pocas municiones.

—¿Estás cierto de ello? ¿lo viste ó te lo han contado?

—Vilo yo mismo, que con el pretexto de pedir una misa que habia ofrecido reunir de limosna por haberme salvado la Virgen de un gran peligro, entré á todas las casas y exploré detenidamente con los oficiales.

El Padre Salazar quedó meditando en silencio; Garatuza comenzó entonces á examinar detenidamente todo el salón.

De repente Don Alfonso miró á Martin y le dijo:

—¿Estarás dispuesto á volverte para Acapulco tan luego como sea necesario?

—Seguramente, que tengo por allá á mi familia, y nada me agradaría tanto como eso.

—Bien; entonces está preparado, porque de un momento á otro puede ser necesaria tu marcha, y no dejes de ir todos los dias á buscarme para recibir las órdenes correspondientes.

—Entiendo.

—Puedes retirarte.

Martin con mucha calma volvió á sujetarse las barbas, se acomodó la peluca, y tomando el aspecto de un viejo, salió de la sala como vacilando, y comenzando á representar su papel delante de los mismos que sabían que no era lo que aparentaba.

—Y bien, hermano—dijo Don Alfonso luego que quedaron solos;—¿qué te parece todo esto?

—Paréceme—contestó Don Leonel—que te hubiera sentado mejor el talabarte y la ropilla que la sotana y el rosario, que dotes tienes para haber sido un experto general, mas que un ejemplar obispo.

—Las circunstancias hacen á los hombres; pero dejando eso, que poco á cuento viene, deseara saber tu opinion sobre lo que has visto y acerca de los acontecimientos que se preparan.

—Poco he visto; pero á ser verdad cuanto aquí se ha dicho, y á poderse contar con la lealtad y el valor de los comprometidos, en duro trance podrán verse en esta tierra los servidores del rey de España.

—Tal creo.

—En cuanto al éxito que esto pueda tener, dudoso es como todos los lances de guerra, que la suerte decide mas que el valor y la pericia de los generales; pero los elementos que comprendo que existen son buenos.

—¿Es decir que tú no vacilas en ponerte á la cabeza de todos los hermanos?

—¿Vacilar? Aun cuando contárais con la cuarta parte de lo que teneis, aun cuando tuviese yo la seguridad de sacrificarme inútilmente, no vacilaría un solo instante en ponerme al frente de los hombres que van á luchar por la conquista de su dignidad: demasiado he sufrido desde que llegué á México, demasiado comprendo ya lo que quiere decir esa palabra «criollo,» que llevo escrita en mi frente con letras de fuego, para vacilar un momento siquiera: la muerte es preferible al desprecio y á la deshonra; digo como vosotros, desde hoy que os he conocido: Tenoxtitlan libre!

Don Alfonso contemplaba con los ojos húmedos de placer el creciente entusiasmo de Don Leonel, y cuando éste acabó de hablar, no pudo resistir y le tomó la mano.

—Bien, hermano mio, bien; digno eres de la noble sangre de nuestra madre, digno eres de ser un descendiente del ilustre Guatimocztin: Dios te dará su fuerza; quizá seas llamado á dar libertad á esta tierra, arrojando de aquí los extranjeros que la oprimen.

—Pero pensemos ahora algo en los preparativos de ese dia tan deseado: ¿con cuántos hombres podemos contar?

—Con tres mil decididos, sin hablar de los indios, de los negros, de los mulatos, y aun de los españoles que comprometidos en el negocio del tumulto, seguirán, aunque no sea sino por propio interés, nuestra bandera.

—¿Teneis armas suficientes?

—Todos nuestros hermanos están armados y construyen todos los dias cartuchos para sus arcabuces y mosquetones; esto es lo bastante para dar aquí el golpe: despues el príncipe de Nassau nos proveerá; tengo por escrito la palabra de S. A. y no faltará á ella.

Don Leonel quedó meditando.

—¿Y si faltara?—dijo despues de un rato de silencio.

—Respondo de S. A. con mi vida: primero faltarian nuestros afiliados á su compromiso, que el príncipe de Nassau á su palabra.

En todo caso, valor y constancia—dijo Don Leonel.

—Que esa sea tu divisa—exclamó detrás de los hermanos una voz dulce y melancólica.

Don Alfonso y Don Leonel se pusieron en pié, pero Don Alfonso como quien mira entrar á una persona á quien espera, y Don Leonel como admirado de aquella aparicion.

Era una dama alta, enlutada y cubierta con un velo tan tupido, que no permitia ni entrever siquiera el brillo de los ojos.

—Sentaos—dijo la dama descubriéndose.

—Doña Juana de Carbajal!—exclamó Don Leonel conmovido.

—Nuestra tia—dijo Don Alfonso sencillamente.

Leonel dirigió la vista á los tres retratos, y no parecia sino que uno de ellos se habia animado, ó que Doña Juana de Carbajal habia servido de modelo.

—¿Habeis escuchado, señora?—dijo respetuosamente D. Alfonso.

—Todo lo he oido—contestó Doña Juana—y creo que pronto brillará el dia grande para los criollos.

Doña Juana se puso á mirar á Don Leonel, que no cesaba de pasar la vista de los retratos á la dama y de la dama á los retratos.

Veo y comprendo vuestra admiracion, Don Leonel, esos retratos que veis son de mi madre y de mis tias, Doña Leonor, Doña Isabel, y Doña Violante de Carbajal; nuestra familia conserva los rasgos fisonómicos de sus antepasados,

por eso observais esa semejanza y podeis admirarla tambien en mi hija Esperanza.

Don Leonel se estremeció al escuchar este nombre.

—Señora—preguntó indiscretamente—¿acaso esta casa es vuestra?

—Eso será una historia que sabreis mas adelante—contestó con dulzura Doña Juana.

Don Leonel calló avergonzado.

—En atencion no mas á que sois español, y á que tantos trabajos habeis sufrido, os permitiré que vivais unos dias en mi casa, á condicion de que restablecida vuestra salud, ó habeis de salir de ella si no estais capaz de trabajar, ó tomareis servicio en mi misma casa. ¿Os agrada?

El mendigo se atrevió á tomar una de las manos de Don Pedro y quiso llevarla á sus labios; pero Don Pedro la retiró con disgusto.

—Dejad. ¿Y cómo os llamais?

—Señor, despues de una gran desgracia que me aconteció y de mis grandes padecimientos, he hecho voto de llamarme Lázaro y olvidar el nombre que antes llevaba, hasta que Dios me saque de esta situacion y me vuelva á mi condicion primitiva.

—¿Erais rico?

—Y mucho.

—¿Noble?

—Y soldado del rey.

—¿De qué familia sois?

—Señor, ese es mi voto; pero os juro que á nadie, antes que á vos, descubriré el secreto el dia que sea llegado de decir lo que ahora por una penitencia oculto.

—Bien está, los votos son sagrados: seguidme.

Don Pedro de Mejía penetró en su casa, y el hombre caminando dificilmente, apoyado en un grueso y nudoso baston, le seguia.

—¿Hay algun cuarto por aquí abajo que esté vacío para alojar á este limosnero?—dijo Don Pedro á uno de los lacayos que andaban en el patio.

—Señor—contestó el lacayo—creo que hay una bovedita debajo de la escalera del segundo patio.

—Anda á mirar si es exacto eso.

VI.

En que el lector encuentra tres personas, que serán quizá conocidas viejas.

HACIA pocos dias que el rico caballero Don Pedro de Mejía habia hecho un acto de caridad que todo el mundo habia calificado como un milagro.—Esta era la historia.

Un domingo por la mañana al volver de misa, encontró Don Pedro en la puerta de su casa á un hombre que aunque al parecer jóven, estaba completamente estenuado por la enfermedad y la miseria.

Su rostro estaba cubierto por vendas que se cruzaban en todas direcciones, y es seguro que ni las mismas personas de su familia, si la tuviera, le hubieran conocido.

Su trage era solo un conjunto de girones, y por las roturas de su viejo calzado podian descubrirse sus piés sangrando y lastimados.

Aquel hombre debia haber pasado grandes trabajos y caminado muchas leguas á pié.

Al llegar Don Pedro, el hombre se acercó á pedirle una limosna y un asilo.

Mucho debió suplicar el uno y mucho debió conmoverse el otro, porque al fin Don Pedro dijo:

El lacayo volvió poco despues.

—Señor—dijo—está vacía esa bóveda, pero tan húmeda que el agua brota casi en la tierra.

—No le hace, siempre este hombre estará mejor así que viviendo en la calle; llévale, y avisa que yo le he mandado poner allí.

El acayo hizo una seña al mendigo, que le siguió cojeando. Llegaron al segundo patio, y debajo de una escalera habia una pequeña bóveda, una especie de sótano, oscura, húmeda, fria, casi sin puertas, porque se cerraba con unas tablas que apenas cubrian la mitad de su altura.

El interior estaba lleno de basura, y el salitre invadia las paredes carcomiéndolas: era una habitacion indigna de un perro.

Aquel sótano, aquella caverna, fué la habitacion que Don Pedro de Mejía dió al pobre mendigo; y aquel rasgo de generosidad inusitada en él, causó una gran admiracion entre la servidumbre y los conocidos de Mejía.

Don Pedro no era lo que se llama un avaro; gastaba el dinero con profusion en carruajes, en criados, en muebles, en comidas en fin, en todo lo que podia hacer agradable la vida; pero en cambio era incapaz de hacerle un beneficio á nadie, ni de tender nunca la mano á un desgraciado; su corazon endurecido por la codicia y la sensualidad, no guardaba ni un lugar para la caridad.

Mejía no mostraba tener intimidación mas que con Don Alonso de Rivera, del cual apenas se separaba; comian siempre juntos, y Don Alonso estaba al tanto de los negocios de Mejía quizá como él mismo.

Así pues, todo el mundo extrañó, en vista de todo esto, que Don Pedro se hubiera tan fácilmente prestado á dar asilo al mendigo.

El mendigo tomó posesion de aquella especie de cueva

sin manifestar la menor repugnancia, y mostrando, por el contrario, la mas profunda gratitud.

El primer dia aquel hombre no salió de su habitacion para nada; los lacayos, los palafreneros, y en general todos los criados, pasaron repetidas veces por la mal ajustada puertecilla, para saciar su curiosidad, para ver á aquel hombre; un lacayo mas atrevido que los otros, entró con el pretexto de llevarle algo de comer, y salió contando que le habia encontrado en oracion y como en un éxtasis.

Verdad ó mentira, esta noticia influyó de tal manera en el ánimo de aquellas gentes, que comenzaron á ver desde entonces al mendigo con cierto respeto, advirtiendo en él gran semejanza con San Alejo, de quien refieren las crónicas cristianas que siendo un caballero rico y noble, se ausentó de su casa el dia mismo de su boda, y volvió despues de muchos años, á vivir de limosna á su mismo palacio, sin descubrirse ni á su esposa, que le lloraba muerto.

La servidumbre desde entonces comenzó á llamar al mendigo, no Lázaro como él habia dicho, sino San Alejo, y la fama del hombre santo traspasó los muros de la casa de Don Pedro de Mejía, llevada entre mil absurdas y fantásticas concejas por los criados, que la esparcian en la plaza y en las tiendas, adonde concurrían por sus mercancías.

Don Pedro en nada se afectaba por la conducta de su único protegido, y apenas llegaban hasta él las noticias de su santidad; sin embargo, un dia comenzó á poner mas atención á resultas de una plática que con él y Don Alonso de Rivera tuvo un amigo de ambos, Don Carlos de Arellano, alcalde mayor de Xochimilco.

Don Pedro y Don Alonso comian tranquilamente en la casa del segundo, cuando los criados anunciaron á Don Carlos de Arellano.

Don Carlos, que habia estado ausente de la capital y vi-
viendo en su provincia, llegó, como natural era, ávido de
noticias, y entre las pocas cosas que preocupaban entonces los
ánimos, se encontró con la historia del misterioso santo que
habitaba en la casa de Mejía.

Al encontrarse con él en la casa de Don Alonso, hizo Don
Carlos recaer la conversacion sobre aquel hombre, exci-
tando mas su curiosidad la ignorancia, para él fingida, de
Don Pedro y de su amigo Rivera.

—No comprendo—decia Arellano á Don Pedro—cómo
es que un rumor que circula por la ciudad de boca en boca,
os sea desconocido, cuando casi no hay una persona que de
esto no se ocupe.

—Será como decís—contestó Don Pedro;—pero asegura-
ros puedo que á mi noticia ni tal rumor ha llegado, ni es
fácil que le dé asenso, que en tiempos estamos en que casi
parece imposible ver un santo.

—Refiérese—insistió Don Carlos—que el misterioso
huésped de vuestra casa ha hecho, á lo que comprenderse
puede, voto tan extricto de pobreza y humildad, que difi-
cilmente se encontrará un ejemplo en la historia, pues que
vive menos que como un hombre, y casi como un perro,
mostrándose, sin embargo, ser caballero de noble alcur-
nia y que parece haber tenido próspera fortuna en otros
tiempos.

—En cuanto á su humildad y á la vida que lleva—con-
testó Don Pedro—no dudo que será como decís; que en
tal estado le he visto, que quizá no le habrá tan misera-
ble en toda la Nueva-España; pero que esto sea por un vo-
to ó por una desgracia, como sucederle puede á cualquiera,
no respondo, y menos hasta asegurar que haya sido no-
ble y poderoso.

—Dícese que él os lo dijo á vos.

—Sí que me lo dijo; pero no está el todo en que él me
lo dijese, sino en que fuera cierto; que yo ni le creí, ni me
curé tampoco de hacer que me rindiera informe de pureza
de sangre: admitílo en mi casa, movido mas por lástima y
como buena obra en descargo de mi conciencia y en abono
de mis muchas culpas, que porque en él mirase un hombre
de gran mérito y en olor de santidad; y si hablaros he la
verdad, casi casi siento haberle dado asilo, que será qui-
zás algun santón, haragan y mal entretenido, mejor que un
hombre digno de compasion; y en un dia de estos le planto
en la calle para que vaya á edificar á otra parte con sus
virtudes.

—Mal haríais; y no seria yo quien tal cosa os aconseja-
se—dijo Don Alonso;—que creida como está por la gente
semejante historia, quizá se os tacharia de hombre sin pie-
dad y poco cristiano con semejante disposicion: ese hom-
bre quizá no será culpable de que tales voces se hayan es-
parcido por la ciudad, y le aplicaríais una pena que no me-
recia él, sino los criados mismos de vuestra casa, que son
los que deben haber esparcido estas noticias.

—Teneis razon—dijo Don Pedro;—pero en todo caso,
bueno será vigilar á nuestro hombre para no perjudicarle
sin razon ni permitirle que siga engañando con su falsa
virtud.

La conversacion siguió entre los tres sobre diversas ma-
terias, y cerca ya de las oraciones de la noche, D. Pedro,
acompañado de Don Alonso, llegó á su casa.

Preocupado con la idea del mendigo por la conversacion
de la mañana, hizo llamar inmediatamente á su mayordo-
mo para tomar informes; pero nada pudo sacar en limpio,
sino que aquel hombre para nada se mezclaba con los cria-

dos, y que ó se salia á la calle, ó permanecía encerrado y solo en su pequeña y triste habitacion.

Don Pedro encargó al mayordomo que le hiciera vigilar escrupulosamente, y le diese cuenta de todo cuanto respecto de él se observase.

Desde aquel momento Don Pedro no volvió á pensár mas en Lázaro, pero se estableció por el mayordomo de la casa una especie de policía que acechaba hasta sus mas ligeras acciones y sus palabras mas insignificantes.

A pesar de esto, nada pudieron sacar en limpio.

—Mal harais: y no seria yo quien tal cosa os aconsejara. — dijo Don Alfonso: — que creida como está por la gente semejante historia, quizá se os tacharia de hombre sin fe. — hab y poco cristiano con semejante disposicion: eso hom- que quizá no sea culpable de que tales voces se hayan es- parecido por la ciudad. y lo — harais una pena que no me- teia el aire los criados mismos de vuestra casa, que son los que deben haber esparcido estas noticias.

—Teneis razon — dijo Don Pedro: — pero en todo caso, bueno será vigilar á nuestro hombre para no permitirle salir de la casa ni permitirle que sepa en qué estado está la virtud.

La conversacion siguió entre los tres capos diversos in- terios, y cerca ya de las oraciones de la noche, D. Pedro acompañado de Don Alfonso, llegó á su casa.

—Recuerdo con la idea del respecto por la conversacion de la mañana, pero le diré inmediatamente á su mayordomo para tomar informacion: pero nada pudo sacar en limpio, sino que aquel hombre para nada se comunicaba con los cri-

— Aquella casa parecia estar abandonada á las habladuras solo por espíritus, porque los criados de las casas vecinas ob- servaron que me se habian visto salir por las chim- neas esas columnas azules de humo que son como la respiracion, como el aliento de la vida en las habitaciones. — Por fin permitieron los criados en no compararse mas de la casa colorada, como la llamaban, por estar constituida for- da de esa piedra especie de IV, de espuma gruesa que se llama con México tesoro.

De lo que pasaba en la casa de la calle de las Canoas.

— De lo que pasaba en la casa de la calle de las Canoas. — las, con una serpiente que el viejo portero á quien ya conocemos, como se veia y negra, que las vecinas ha- bían visto salir y que se habian visto salir por las habladuras.

LA casa de la calle de las Canoas que conoce el lector, habia sido desde que pasó á vivir en ella Doña Juana de Carbajal, una casa verdaderamente misteriosa; jamás se habian visto llegar á ella mas visitas que Don Alfonso y Don Leonel de Salazar; pero desde que el primero tomó las sagradas órdenes y el segundo fué enviado por su padre á España, ninguna persona, á excepcion del viejo portero, una negra esclava, vieja tambien, y una dueña, volvió á atravesar el dintel de aquella sombría habitacion.

Al principio los vecinos tuvieron curiosidad de saber lo que adentro pasaba, y acechaban el momento de abrirse el zaguán para pasar por el frente, pero no descubrian mas que un patio desierto. Otros observaron por las azoteas vecinas, y jamás pudieron alcanzar otra cosa que corredores y pasillos solitarios, y ventanas y puertas cerradas por viejos batientes de madera; nunca un ruido, una voz, un grito, denunció la presencia de sus habitantes; nunca una luz vino á deslizarse por la noche al través de una de aquellas puertas.

3478

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
46 1625 MONTERREY, MEXICO